

Propongo al quiltro como imagen país

Me declaro admiradora de los quiltros. Si esa sola frase ya hizo fruncir su ceño, o si la denominación "País Corbata" —como bautizó a Chile una amiga peruana— lo interpreta, sugiero detener la lectura. Lo siguiente no es recomendable si se mira desde un sitio de superioridad, ánimo que impregna al chileno de hoy, según acusa nuestra vecindad continental.

Hace tiempo que los observo, y con conocimiento propongo que, al ser un producto autóctono y, a simple vista, sin riesgo de extinción, sean considerados como imagen país. Son el reflejo en cuatro patas del Chile real, el que se escabulle entre las estadísticas o se esconde a la sombra de los Sanhattan, las autopistas o el Costanera Center. El de millones —¿dos o cuatro?— de pobres. Personas.

Me explico. El quiltro es un perro mestizo. Un híbrido. No es pastor alemán, ni labrador; no es un *Dachshund* o un *terrier*. Pero puede ser todo eso a la vez. Esa mezcla es, quizás, lo que lo hace tan inteligente y encantador.

¿Nos interpretan? Ojalá así lo reconocieramos, pero las cifras dicen otra cosa: un poco menos de la mitad de los connacionales dice ser de tez blanca o piel clara, y una proporción



Por
Carmen Figueroa
Cox

igual reconoce no ser ni moreno ni claro (Encuesta Bicentenario 2008 UC-Adimark). Pero sólo hay que salir del continente para darse cuenta de que la autoclificación no calza, y frente a un norteamericano o un europeo pasamos rápidamente a formar parte del escaso 16 por ciento que reconoce ser de tez morena o piel oscura. Otro dato: la gran mayoría dice estar conforme con su físico, pero casi la mitad se haría o se ha hecho una cirugía estética.

Cuesta reconocer que el mestizaje es un plus. Es cosa de analizar al quiltro y sus caninas cualidades.

Respecta las reglas: sólo cruza la calle cuando hay luz roja y si lo hace a media cuadra —es un can chileno—, mira para los dos lados. No titubea en el camino que toma, anda rápido,

*Algo de jaguares tendremos, pero
mucho más de quiltros, ¡y a mucha honra!*

apurado: tiene sus objetivos claros.

Valora el ocio, clave para la creación, y lo aprovecha; su sueño profundo de cuerpo desparramado siempre desata mi envidia. ¡Qué decir de su actitud contemplativa, que guarece del sol o la lluvia con lo que encuentre a mano! Sin estrés, y al mal tiempo, buena cara.

Son leales y perseverantes. En Pedro de Valdivia con Providencia, hace 15 años una pareja ya institucionalizada intenta hincarles los dientes a las ruedas de los autos. "¡Quince años haciendo lo mismo!", comentó un lus-trabotas del sector a un amigo extran-

jero, haciendo asco de tal rutina. Para mí, buenos socios y mejores amigos.

Con o sin crisis, llenan el estómago; gatillan la solidaridad humana fijando su mirada triste al proyecto de refrigerador humano de turno. La pareja de Providencia puede dar clases de emprendimiento.

Son ciudadanos hasta la médula: no se pierden ceremonia oficial, sin importar color político o cuota de poder que ostenten sus actores. Escoltan con prestancia a encumbradas visitas extranjeras por esa lengua roja que guía los pasos hacia La Mone-da. Apoyaron la asunción de la primera Presidenta mujer y siempre envían un delegado a la Parada Militar.

Su identidad no varía según el barrio donde vivan; son los mismos si duermen bajo un Porsche o a la sombra de un perchero. La mayoría nacional (57 por ciento), en cambio, siente que el barrio latinoamericano no le calza. Cuando la única población inglesa al sur del mundo está en las Malvinas...

"¿Cuándo has visto a un quiltro antipático?", comentó a mi hermana, fiel habitante de la V Región. "En la plaza Echaurren", retrucó con convicción. Se lo concedo. Seguro son un reflejo del mal humor de los porteños por la alta cesantía. Con razón.

Los quiltros son nuestro cable a tierra. Cuando los vea, recuerde: el desarrollo todavía no llega. Algo de jaguares tendremos, pero mucho más de quiltros, ¡y a mucha honra!

Si desea comentar esta columna, hágalo en el blog